Iglesia Nueva Apostólica **EE.UU.**

Acción de gracias

Un mensaje del Apóstol de Distrito Schnabel

OTOÑO **2026**

VISIÓN UN BOLETÍN DEL APÓSTOL DE DISTRITO SCHNABEL

Querida familia en Cristo:

Al acercarnos a esta temporada de Acción de Gracias, las palabras del Apóstol Pablo a la congregación en Corinto nos dan un hermoso motivo para reflexionar: «Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús» (1 Corintios 1:4).

Pablo se dirige a la congregación en conjunto, pero la gracia por la que da gracias se experimenta de manera personal. Cada uno de nosotros ha recibido de Dios. Su gracia nos ha alcanzado en diferentes lugares, circunstancias, alegrías y dificultades. Nuestras experiencias no son todas iguales, pero juntos, en la belleza de nuestra comunión, podemos reconocer lo que Dios ha hecho entre nosotros y en cada uno de nosotros. Esto nos da motivo para darle gracias y para estar agradecidos los unos por los otros.

Continuando, en el versículo 5, Pablo da gracias primero porque los creyentes fueron enriquecidos por Cristo en sus palabras, su manera de hablar. La gracia de Dios influye en la manera en que hablamos. Se nos han dado palabras para orar, alabar, animar, consolar y dar testimonio de Jesucristo. A veces estas palabras se expresan en un Servicio Divino o en una conversación; otras veces se ofrecen a alguien que está pasando por dificultades. Malaquías 3:16 nos da una hermosa imagen de esto: «Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó». Cuando nuestras palabras son motivadas por el Espíritu Santo y están dirigidas hacia lo que agrada a Dios, podemos confiar en que el Señor las escucha, las bendice y obra por medio de ellas. Incluso cuando las circunstancias son difíciles y es complicado encontrar las palabras adecuadas, Dios enriquece nuestra manera de hablar para llevar esperanza, paz y el mensaje de Cristo a otra persona.

Pablo también da gracias porque fueron enriquecidos en conocimiento. Esto es más que simplemente conocer datos acerca de Dios. Por medio de Su palabra, de la obra del Espíritu Santo y de nuestras experiencias de fe, llegamos a conocer más profundamente a Dios: Su amor, Su fidelidad, Su paciencia y Su deseo de atraernos a una comunión eterna con Él. Este conocimiento se vuelve especialmente valioso cuando la vida es incierta. Puede que no entendamos todo lo que sucede a nuestro alrededor o a nosotros mismos, pero podemos encontrar seguridad en saber que Dios siempre piensa en lo que es mejor para nosotros a la luz de la eternidad. Esta verdad nos permite hacer eco de las palabras del salmista: «Me tomaste de la mano derecha. Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria» (Salmos 73:23-24).

Finalmente, en el versículo 7, Pablo le recuerda a la congregación: «nada os falta en ningún don». Dios, por Su gracia, ha dado diferentes dones a Su pueblo, y cada congregación se enriquece cuando esos dones se ponen al servicio de Él, de unos a otros y de las comunidades en las que nos encontramos. Algunos enseñan o dirigen. Algunos cantan o sirven. Algunos escuchan con compasión, acogen a los demás, oran con fidelidad, animan de manera discreta o comparten generosamente lo que tienen.

Los dones que hemos recibido no son para nuestra propia gloria, sino que deben glorificar a Dios y servir a la congregación para el beneficio de todos (cf. 1 Corintios 12:4-7). Ningún don que se comparte con amor es insignificante.

Que en este tiempo de Acción de Gracias, miremos más allá de lo que poseemos y reconozcamos también lo que Dios, en Su gracia, ha colocado en nosotros y en nuestros hermanos y hermanas. Démosle gracias, individualmente y juntos, por las palabras que nos da para compartir, por el conocimiento de Él que continúa profundizándose y por los dones que ha confiado a Su pueblo.

Sobre todo, que nuestra gratitud esté dirigida al Dador, de quien provienen toda gracia y todo buen don. Con sincero agradecimiento por ustedes y por todo lo que hacen para hacer avanzar el Reino de Dios,

John Schnabel

Los superpoderes de nuestra Iglesia

Una sinopsis del discurso de apertura del Apóstol de Distrito en la Conferencia TOGETHER 2026.

Cuando piensas en un superhéroe, ¿qué se te viene a la mente? Tal vez una fuerza extraordinaria, la capacidad de volar, una velocidad increíble o el poder de ver cosas que los demás no pueden ver. El **«superpoder»** de un superhéroe es lo que le da fuerza, lo hace único y se convierte en parte de aquello por lo que es conocido.

¡Las Iglesias también tienen superpoderes! Nuestra Iglesia tiene valores y características que hemos desarrollado bien durante mucho tiempo: prácticas que nos fortalecen, nos unen y ayudan a las personas a sentirse bienvenidas. Estas cualidades han hecho especiales a nuestras congregaciones y son características que debemos seguir haciendo bien mientras miramos hacia el futuro. Entonces, ¿cuáles son los superpoderes de nuestra Iglesia?

Cuidado del alma

Nuestro primer superpoder es el **cuidado del alma.** Toda alma necesita saber que es importante y que es amada. Y el cuidado del alma no es algo que les corresponde solamente a los ministros. **Nos corresponde a todos nosotros.**

¿Quiénes en tu congregación podrían necesitar que alguien se acerque a ellos para ver cómo están? ¿Te das cuenta de quiénes son «uno de estos mis hermanos más pequeños»: la persona que se sienta sola, la persona que poco a poco ha dejado de asistir o la persona que parece estar pasando por algo difícil?

El cuidado del alma comienza por **escuchar primero y escuchar bien.** Antes de intentar solucionar algo, dar un consejo o encontrar una respuesta, escuchamos. Cuando imitamos a Cristo, cuidamos de los demás, nos mantenemos humildes y nos acercamos a ellos con empatía. Procuramos ver a las personas en la situación en la que se encuentran y valoramos a la persona en su totalidad; no solo un problema, una necesidad o el papel que desempeña. Ve a las personas que te rodean como Cristo las ve. ¿Qué podría ver Él que tú no has visto?

Servir

Nuestro segundo superpoder es **servir y permitir que otros nos sirvan.** Cuando nos servimos unos a otros, damos algo de nosotros mismos sin esperar recibir algo a cambio de inmediato. Y cuando permitimos que alguien más nos sirva, le damos la oportunidad de compartir sus dones también. Servirnos unos a otros fortalece nuestra conexión, y cuanto más fuerte sea esa conexión, más rica será nuestra comunidad en Cristo.

Servir también nos ayuda a descubrir quiénes somos. A menudo pensamos que nos encontramos a nosotros mismos al enfocarnos en nuestro interior, pero Jesús nos señala en la dirección opuesta: **«El que pierde su vida por causa de mí, la hallará»** (Mateo 10:39). ¿Cómo nos encontramos a nosotros mismos? **Sirviendo.**

Nuestras diferencias pueden hacer que esto sea un desafío, pero también algo hermoso. El Apóstol Mayor ha utilizado la imagen de un **prado lleno de flores diferentes.** No todo son rosas. Y nuestras congregaciones tampoco lo son. No todos tenemos las mismas experiencias, personalidades, dones ni maneras de vivir nuestra fe. Servir unos junto a otros nos ayuda a valorar esas diferencias. También nos llama a fomentar la unidad y, en ocasiones, dejar de lado nuestras propias preferencias por el bien de todos.

Y aquí está lo maravilloso de servir: hacer el bien, **en Cristo**, a menudo también nos hace sentir bien. Nos ayuda a dejar de centrarnos en nosotros mismos y a dirigir nuestra atención hacia el prójimo.

Comunión en Cristo: Grupos pequeños

Nuestro tercer superpoder es la comunión en Cristo: nuestros grupos pequeños.

Es un poco curioso si lo pensamos. Los grupos pequeños comenzaron a cobrar cada vez más

importancia justo cuando aparecieron los teléfonos inteligentes y las redes sociales. Estábamos más conectados que nunca y, aun así, necesitábamos más oportunidades para establecer conexiones *reales*.

¿Por qué? Porque estar conectados no es lo mismo que sentirnos **conocidos** de verdad. Necesitamos relaciones que se construyan a través de interacciones auténticas. Un grupo pequeño nos brinda un espacio para conversar, escuchar, reír, enfrentar dificultades, orar y crecer juntos. Puede ser un **ejercicio para fortalecer la fe justo en medio de la vida cotidiana.**

La clave para tener un buen grupo es bastante sencilla: escucha antes de hablar. Habla desde el corazón. Practica la vulnerabilidad, el perdón y la gracia. **Mantén a Cristo en el centro.** Acoge a cada persona de tu grupo. Sírvanse unos a otros de maneras prácticas, y a menudo descubrirán que reciben mucho más a cambio. Y, por último, perseveren. Las relaciones llevan tiempo. El tejido de nuestras congregaciones y comunidades se va formando poco a poco mediante la constancia.

Amistad

Nuestro cuarto superpoder es la **amistad.** Necesitas amigos que crean en lo que tú crees, personas con quienes puedas compartir tu fe, tus preguntas y dudas, tus luchas y tus alegrías. Un amigo es alguien que **te deja entrar y nunca te falla.**

La amistad también tiene un efecto sanador. Hay algo poderoso en el hecho de que nos conozcan, en compartir nuestras necesidades y descubrir que no estamos solos. La conexión con los demás puede darnos fuerzas cuando la vida se vuelve difícil.

Así que mira a tu alrededor en tu congregación. ¿Quiénes son tus amigos? Y, algo igual de importante, **¿quién todavía no tiene amigos?** Sé amigo de tus amigos, pero también de quienes no tienen ninguno. A veces, la mejor manera de darle la bienvenida a alguien es simplemente decirle: «Ven, siéntate conmigo».

Cultura congregacional

Nuestro quinto superpoder es **nuestra cultura congregacional.**

Imagina que entras a una cafetería. Quizás te sientas a gusto quedándote un rato, conversando con la gente y formando parte del ambiente. Ahora imagina que entras a un restaurante donde te atienden y luego esperan que te vayas.

¿Qué ambiente se siente en tu congregación? ¿Somos amables? ¿Las personas se sienten respetadas? ¿Sienten que pertenecen?

Somos seres recíprocos. La gratitud despierta el deseo de conectar, y el respeto mutuo y la cooperación ayudan a crear una comunidad en la que las personas quieren participar. Aceptamos y celebramos nuestras diferencias. Creamos un lugar «donde el enemigo se convierte en amigo». Ese tipo de cultura no surge de un día para otro. **El tejido de una congregación se va entrelazando poco a poco, con tiempo e intencionalidad.** Cada conversación, bienvenida, invitación, amistad y acto de servicio añade un hilo más.

Y **tú tienes un hilo que añadir.** Pregúntate: *¿Asumo la responsabilidad de poner mis dones al servicio de la congregación? ¿Qué me ha dado Dios que pueda compartir con los demás?*

¡Usa tus superpoderes!

No necesitas un cargo especial ni un ministerio para cultivar estos superpoderes. Puedes empezar justo donde estás.

Escucha a alguien. Sirve a alguien. Invita a alguien a tu grupo pequeño. Siéntate junto a alguien que esté solo. Conoce la historia de alguien. Usa tus dones. Dale la bienvenida a alguien que sea diferente a ti.

Y luego hazlo otra vez. Porque cuando cada uno de nosotros asume la responsabilidad de fortalecer las relaciones con quienes nos rodean, nuestras congregaciones se vuelven más fuertes, más cálidas y más acogedoras.

Nuestro mayor superpoder quizá sea simplemente este: **en Cristo nos pertenecemos unos a otros y elegimos vivir de acuerdo con esa realidad.**

Escanea el código QR para ver un episodio de «For Your Journey» en el que el Apóstol de Distrito habla sobre los superpoderes.

Límites, agotamiento y fe

Un resumen del seminario de la CONFERENCIA TOGETHER, 2026

Cuando sientes que la vida es demasiado

El agotamiento rara vez ocurre de golpe. Por lo general, se va acumulando poco a poco: un poco más de cansancio, un compromiso más, algo más que exige nuestra atención, hasta que de repente nos damos cuenta de que algo ya no es sostenible. El panel de discusión sobre el agotamiento y los límites, realizado en la Conferencia Together 2026, destacó que el objetivo no es encontrar una fórmula perfecta para equilibrar cada área de la vida. Más bien, se trata de aprender a reconocer nuestros límites, administrar bien lo que Dios nos ha confiado y mantenernos arraigados en nuestra relación con Dios y con los demás.

1. La realidad del desequilibrio

El desequilibrio es una parte normal de la vida. Cada etapa trae consigo distintas exigencias: el crecimiento profesional, los hijos pequeños, las responsabilidades ministeriales, el cuidado de otras personas u otros cambios en nuestras relaciones y circunstancias.

Lo que es manejable en una etapa de la vida puede ser abrumador en otra. Nuestras prioridades y

nuestra capacidad deben ir ajustándose a medida que la vida cambia.

Los panelistas resaltaron que el agotamiento suele ser un **proceso gradual.** Sus señales de alerta pueden ser sutiles: cansancio cada vez mayor, problemas para dormir, agotamiento emocional, irritabilidad, falta de interés, resentimiento, relaciones tensas o incluso cuestionamientos espirituales. Como este proceso ocurre poco a poco, es posible que no nos demos cuenta de lo que está pasando hasta que ya estamos profundamente agotados.

Por eso es importante prestar atención. En lugar de ver el agotamiento como un fracaso personal, reconozcamos que es una señal de que algo necesita cambiar. A veces, el paso más importante es simplemente detenernos el tiempo suficiente para reconocer que hemos llegado a nuestro límite.

2. Límites: decir «sí» o «todavía no»

Los límites no son restricciones; son una forma de ejercer la **mayordomía.** Nuestro tiempo, energía y atención son recursos finitos.

No podemos seguir asumiendo compromisos sin llegar a nuestros límites tarde o temprano. En cambio, puede que necesitemos cambiar nuestras prioridades, compartir responsabilidades o reconocer que otra persona puede estar en mejores condiciones para ayudar.

El panel propuso una alternativa especialmente útil a la pregunta tradicional de sí o no: «todavía no».

Uno de los panelistas contó que le pidieron asumir una responsabilidad ministerial importante durante una etapa especialmente intensa de su vida familiar y sus estudios. En lugar de decir que sí o que no, la familia reconoció la importancia de ese llamado, pero también que no era el momento adecuado.

Volvieron a considerar esa oportunidad un año después, cuando sus circunstancias y su disponibilidad habían cambiado, y entonces pudieron decir que sí.

Por lo tanto, el discernimiento puede implicar hacerse varias preguntas: *¿Tengo la disponibilidad necesaria? ¿Tengo la capacidad para hacerlo? ¿Es esto algo que estoy llamado a hacer ahora? ¿Podría participar alguien más?* Decir que no —o todavía no— no necesariamente significa rechazar una oportunidad o un llamado. Puede ser una manera intencional de administrar lo que Dios ya ha puesto en nuestras manos.

3. La fe como ancla

Cuando todo a nuestro alrededor cambia, la fe nos ofrece algo constante. Nuestra vida profesional puede cambiar. Las circunstancias familiares cambian. Las responsabilidades cambian. Pero los panelistas describieron a Dios y a la comunidad de fe como un ancla en medio de esos cambios.

La fe también nos recuerda que **somos más que lo que producimos.** Nuestro valor no depende de cuánto logramos, a cuántas personas ayudamos ni de lo bien que cumplimos las expectativas de todos. Ante todo, somos personas creadas y amadas por Dios. Sobre esa base, nuestro trabajo, nuestras relaciones, nuestro ministerio y nuestro servicio se convierten

en expresiones de quiénes somos, y no una medida de lo que valemos.

El panel presentó a Jesús como ejemplo de este tipo de vida centrada y estable. Jesús se apartaba a propósito de las multitudes, oraba, buscaba momentos de soledad y se mantenía unido al Padre. Su ejemplo nos recuerda que la conexión con Dios no es otra tarea que añadir a una lista que ya está llena. Al contrario, es el fundamento sobre el cual se construye todo lo demás en la vida.

4. Recuperarse del agotamiento

Para recuperarse no basta con esforzarse más. De hecho, el panel señaló que la mentalidad de «solo necesito trabajar más» puede contribuir al agotamiento. A veces, lo más sensato es dar un paso atrás, descansar, reflexionar y hacer cambios en la manera en que usamos los dones y recursos que se nos han dado.

La recuperación comienza con **pausa, honestidad, gracia y reflexión.** Quizá necesitemos escuchar cuando alguien que nos conoce y nos quiere nos señala algo que todavía no somos capaces de ver en nosotros mismos. Tal vez necesitemos establecer nuevos ritmos de descanso, reconectarnos con Dios, buscar el apoyo de una comunidad de confianza o pedir ayuda profesional.

El panel también hizo hincapié en que los problemas de salud mental, como la ansiedad o la depresión, deben tomarse en serio y pueden requerir el apoyo de profesionales capacitados.

Lo más importante es que la recuperación no necesariamente ocurre de la noche a la mañana. Puede ser un proceso continuo de reconexión con Dios, con nosotros mismos y con las personas que nos rodean. Como lo describió uno de los panelistas, la sanación puede ocurrir «dosis a dosis»: mediante la oración, la comunidad, la comunión, la reflexión y el reconocimiento diario de la presencia de Dios.

Una palabra final

El mensaje central del panel es sencillo: **Dios no nos pide que vivamos agotados.** Estamos llamados a administrar responsablemente los dones, las oportunidades, las relaciones, las experiencias y las responsabilidades que se nos han confiado, no a agotarnos tratando de satisfacer cada necesidad o cumplir con todas las expectativas.

Vivir fielmente puede significar a veces decir que **sí,** otras veces decir que **no** y, en ocasiones, decir **«todavía no».** Puede implicar pedir ayuda, dejar que otros sirvan junto con nosotros, guardar un día de reposo o simplemente alejarnos el tiempo suficiente para respirar y reconectarnos con Dios.

Nuestra vida no se mide por cuánto logramos, sino que se fundamenta en algo más profundo: **quiénes somos en Cristo y las relaciones a través de las cuales Dios nos sostiene.**

De izquierda a derecha: moderador: Travis Larkin; panelistas: Adrienne Heidema, David Gierga, Kristen de Vries, Mike Wurst

INSTRUCCIÓN DE CONFIRMACIÓN

UN NUEVO PLAN DE ESTUDIOS PARA EL OTOÑO DE 2026

Con el comienzo del año de estudio 2026-2027, hemos renovado nuestro programa de preparación para la Confirmación. Los estudiantes de noveno grado pueden comenzar la Instrucción de Confirmación mientras se preparan para hacer su voto de confirmación en la primavera de su décimo grado. Los maestros locales de Confirmación facilitan sesiones presenciales o virtuales con un nuevo plan de estudios de dos años, basado en videos, que profundiza en nuestro Catecismo.

Por favor, acompañen en oración a estos adolescentes mientras aprenden más acerca de Jesucristo, de sí mismos, de su fe y de nuestra Iglesia, y se preparan para hacer su voto de Confirmación.